

Avances en la agenda investigadora de la historiografía obrera*

Sergio Gálvez Biesca

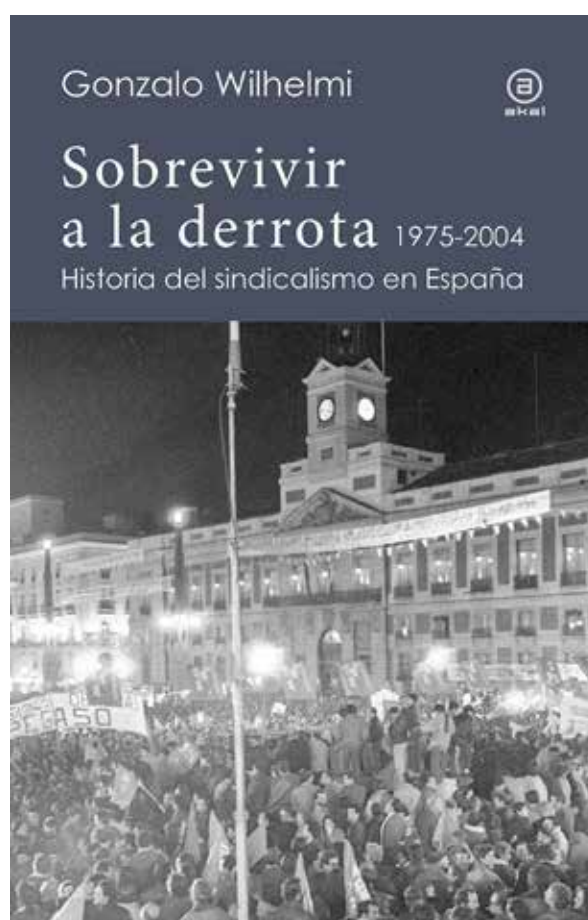
Doctor en Historia Contemporánea

«No estamos lokos. Que sabemos lo que queremos», cantaba Ketama en 1995. Dos estrofas que resumen, en parte, el ambiente un tanto esquizofrénico por el que transita la historiografía obrera clásica desde que, a principios de los años ochenta, Manuel Pérez Ledesma y José Álvarez Junco con el conocido *Manifiesto* quisieron no solo pasar página sino poner punto y aparte a ciertas formas de entender la construcción de lo histórico y evitar compromisos innecesarios en la no casual altura de 1982^[1].

Desde entonces, seamos sinceros, entre «nosotros», ha existido una permanente sospecha (que mal casa con la presunción de inocencia) en torno a quienes han transitado por la Historia Social, la lucha de clases, el movimiento obrero, los sindicatos, la clase obrera... Sospechas que han influido poderosamente en la elección de la mayor parte de las líneas de investigación de los departamentos de Historia Contemporánea. *Giro* todavía más acentuado tras

*Reseña conjunta de: Reseña de Gonzalo Wilhelmi Casanova, *Sobrevivir a la derrota. Historia del sindicalismo en España (1975-2004)*, Madrid, Akal, 2021, pp. 559 y de Joan Gimeno i Igual, *Lucha de clases en tiempos de cambio. Comisiones Obreras (1981-1991)*, Madrid, Los Libros de la Catarata / Fundación 1º de Mayo, 2021, pp. 317.

1.- José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma, «Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, 12 (1982), pp. 19-42. Véase, Sergio Gálvez Biesca, «La 'extraña' derrota del movimiento obrero», *Papeles de la FIM*, 26/27 (2008), pp. 83-116.



el «efecto Bolonia» al imponerse la producción capitalista en cadena de artículos. No hace falta ser un avezado marxista para contrastar la elevación de las tasas de autoexplotación así como un debilitamiento generalizado de la salud mental de los investigadores^[2].

2.- La evidencia no cesa desde hace años: Víctor M. Loza-

Ni siquiera los análisis más críticos desde finales de los noventa acertaron a prever la arrolladora fuerza del posmodernismo y de la historia post-social en las agendas investigadoras: lenguaje, emociones, sentimientos... Con destierro anejo a Marx, laminando de paso cualquier atisbo de «compromiso social»^[3]. Apenas sobreviven parcelas indemnes frente a este leviatán: los estudios de género, la historia del comunismo en España y la producción vinculada al análisis de los graves crímenes contra los Derechos Humanos durante la dictadura franquista y la Transición.

Pese a todo se siguen publicando extraordinarios libros sobre el tema que nos trae aquí. Un vistazo al último lustro lo confirma: *El Pueblo. Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)* de Selina Todd (Madrid, Akal, 2018), *El enemigo interior. La guerra secreta contra los mineros* de Seumas Milne (Madrid, Alianza, 2018), *Historia de la CNT. Utopía, pragmatismo y revolución* de Julián Vadillo Muñoz (Madrid, Los Libros de la Catarata, 2019), la colección de libros publicados por la Fundación 1º de Mayo y la Libros de La Catarata como sucede en *Proceso 1001. El franquismo contra Comisiones Obreras* de José Antonio Pérez y Mayka Muñoz Ruiz (2022), junto con una de las obras más esperadas desde hace tiempo: *Lucha de clases, franquismo y democracia. Obreros y empresarios (1939-1979)* de Xavier Domènech (Madrid, Akal, 2022).

no, «El coste mental de la carrera investigadora», *elsaltdiario.com*, 7 de octubre de 2019; Carmen García, «Los estudiantes de doctorado en España: el 80% está agotado emocionalmente», *eleconomista.es*, 12 de febrero de 2021; Noticia, «Los problemas psicológicos se duplican en personal investigador y académico», *La Vanguardia*, 3 de diciembre de 2021.

3.- En este sentido, véase, Francisco Erice, *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo*, Madrid, Siglo XXI, 2020, así como su reseña en *Segle XX*, 14 (2021), pp. 278-282.

Con una novedad para los que ya tenemos una edad; el rescate y la traducción de novelas obreras por parte de «nuevas» editoriales como Hoja de Lata: Luisa Carnés, *Tea rooms. Mujeres obreras* (2016), David Peace, *GB84* (2018) y, por supuesto, *Amianto* de Alberto Prunetti (2020) con un prólogo clarividente de Isaac Rosa, quien nos demostró tiempo antes en *La mano invisible* (Seix Barral, 2011) el ancho campo de trabajo a explorar, a partir de las transformaciones operadas en el mundo del trabajo que describiera la obra central de los años noventa, *La metamorfosis de la cuestión social* de Robert Castel (Buenos Aires, Paidós, 1997).

En este panorama toda nueva publicación es recibida con interés y con expectación por quienes *sabemos lo que queremos* y no renunciamos a otra historiografía posible, más necesaria que nunca. Así ha sucedido con los libros de Gonzalo Wilhelmi, *Sobrevivir a la derrota* y de Joan Gimeno, *Lucha de clases en tiempos de cambio*, ambos del año 2021. Tres características comunes comparten. Primero, indagan en el hecho de la organización sindical en la España contemporánea. Si un movimiento u organización tiene mala prensa en España, desde hace unas décadas, son los sindicatos, convertidos en una especie de ogros «come langostinos»; a modo de uno de los mayores éxitos de la guerra cultural emprendida por el neoliberalismo, bien acompañado por la extrema derecha, desde los tiempos de Thatcher. Negros augurios que han quedado empañados por el éxito de determinadas huelgas, datos de afiliación o la propia consolidación institucional de las organizaciones de clase, aunque es innegable la desafección sindical de una amplia capa de trabajadores. Segundo, desbordan el habitual marco cronológico de la Transición para adentrarse en los años ochenta, noventa y en el caso de Wilhelmi hasta el primer lustro de la primera década del siglo XXI. Y, terce-

ro, vienen avalados por relevantes especialistas en Historia Contemporánea —Rubén Vega y Pere Ysàs, respectivamente— siendo productos de largas investigaciones.

Frente a los clásicos presagios o las habituales consignas por parte de determinados «académicos», obsesionados con blindar los departamentos de intrusos molestos, acerca de la fabricada falacia de que estas obras podrían constituir una especie de historia militante u oficial de los sindicatos —como si quienes pregonaran tales objeciones no llevaran años haciendo política pura y dura a lo largo de su carrera y con mucha historia, por lo menos, acrítica a cuestras— hay que constatar que cumplen sobradamente todos los requisitos teóricos y metodológicos de una ciencia como la Historia. No es tampoco casualidad que estén publicados en importantes editoriales (Akal y Los Libros de la Catarata), lo que evita el riesgo de marginalidad, asegurando su distribución por los principales canales.

Empecemos por *Sobrevivir a la derrota*. A buen seguro estamos ante el principal compendio hoy publicado sobre la historia del movimiento obrero contemporáneo en España. Un enorme esfuerzo de síntesis de un *outsider* de la Universidad, lo que refuerza más su valor y oportunidad. La obra se encuentra dividida en tres amplios periodos cronológicos (1975-1982; 1982-1996; 1996-2004) recorriendo desde la Transición, atravesando la primera época socialista y finalizando con las dos legislaturas del Gobierno popular de José María Aznar. A diferencia de lo que hasta ahora había sido habitual, no solo se limita a los dos grandes sindicatos del país —CCOO y UGT— sino que se interna por la pluralidad sindical de España a través de las estrategias y actuaciones de los principales sindicatos nacionalistas (desde Galicia, pasando por el País Vasco, a Cataluña, principalmente). Asimismo el investigador tiene muy presente

los sindicatos anarco-sindicalistas, los sindicatos gremiales cuando no amarillos y, lo que no es menor: la labor desarrollada por las organizaciones agrarias y del campo en Extremadura y Andalucía.

Uno de los más notables méritos de esta monografía reside en la revaloración del papel de las mujeres dentro y fuera del mundo del trabajo, dentro y en los alrededores de las organizaciones obreras —con denuncia directa del tradicional machismo a todos los niveles— como sujeto histórico central en las relaciones capital-trabajo. Con el resultado de prácticas de organización y resistencia innovadoras que chocaron con las de sus propios «compañeros». Despunta, igualmente, su crítica al «Modelo Español de Concertación Social» convertido por las élites académicas en un constructo incuestionable. Pero sí algo sobresale —y pocos han sido los historiadores que nos hayamos detenido en este aspecto vehicular de la historiografía obrera postransicional— es el grado de detalle con el que examina los costes humanos del ejercicio del derecho sindical en términos de detenidos, apaleados, torturados, represaliados, enjuiciados y fallecidos, perdón, asesinados por las Fuerzas de Seguridad del Estado, con la correspondiente dosis tan propia del «Modelo Español de Impunidad».

«La historia de los sindicatos en España es una historia de trabajo, de cuidados, de sentimientos, de conflictos, de organización y también de ideas, porque los sindicatos han participado de forma destacada en la mayoría de las principales confrontaciones políticas e ideológicas» (p. 28); una frase que resume a la perfección el cambio de paradigma entre la «vieja» historia del movimiento obrero —por ejemplo, Manuel Tuñón de Lara— y un «nuevo» enfoque más inclusivo y plural a la hora de entender y de acercarnos a la clase, sus organizaciones y al grupo humano que conforma la militancia sindical.

Esta obra pretende salir de los esquemas de interpretación al uso en el mismo momento en que las trabajadoras y los trabajadores tienden a ocupar el centro del relato, como buena parte de la historia social viene reclamando desde la publicación de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de E.P. Thompson^[4]. «Preferimos el término de clase trabajadora antes que clase obrera o proletariado, porque refleja mejor la diversidad interna de este colectivo», afirma al esbozar su propuesta teórica (pp. 22-25). Los conceptos de experiencia, la inexistencia de una identidad de clase predeterminada y de una clase objetiva constituyen otros tres postulados pilares de su modelo de interpretación, lo que le genera al autor más de un problema de adecuación entre la teoría y su plasmación práctica metodológica y discursiva. No rehúye tampoco el debate sobre la redefinición del concepto de trabajo con la aparición y la consolidación del precariado y las relaciones entre insiders/outsiders como producto de la flexibilidad neoliberal impuesta tras la reforma del Estatuto de los Trabajadores de 1984, pero con una perspectiva radicalmente enfrentada a las tesis de Javier García de Polavieja y otros^[5].

Ahora bien, el autor de *Romper el consenso: la izquierda radical en la Transición española (1975-1982)* (Madrid, Siglo XXI, 2016), en el recuento de derrotas y victorias del movimiento obrero, especialmente, en la Transición y la década de los años ochenta, parte de una extendida hipótesis entre un segmento de la izquierda historiográfica: el

mantra de la traición desde los Pactos de La Moncloa (nunca antes, cuando ya en enero de 1976 se dieron los primeros pasos para controlar el conflicto obrero en las fábricas y en la calle) por parte de las élites sindicales y del PCE y en donde la izquierda radical sería la única que habría mantenido el tipo (o al menos lo habría intentado). Una aproximación que conlleva afirmaciones fuertes (pp. 51, 124 138, 179, 183, 184, 188, 207, 214, 216, 227, 240, 242...), eliminando, por consiguiente, la complejidad de momentos históricos claves en donde un alto número de pequeños detalles (entre otros, no pocos movimientos internos dentro de las cúpulas sindicales para el control y minimización de daños internos) no se tienen en cuenta o directamente se omiten. El resultado más palpable: meter en el mismo cajón a UGT y CCOO, con o sin unidad de acción, durante la década de los años ochenta, en multitud de ocasiones y sin mayores matices.

Un marco de interpretación válido, se comparta o no, pero que no aborda un debate pendiente a la luz de una abundante bibliografía consolidada: si bien hubo un lejano horizonte de ruptura en el marco político y más todavía en el sindical, no dieron los números, ni la famosa correlación de fuerzas —de *debilidades* recordando a Vázquez Montalbán— fue tal. No obstante, la pregunta es otra: ¿cuál fue el peso real de los elementos revolucionarios en las direcciones sindicales? La falsa dicotomía entre direcciones conservadoras y militantes revolucionarios hace tiempo fue desmontada por Robert M. Fishman en *Organización Obrera y retorno a la democracia* (Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1996) sin que se tenga que estar de acuerdo con las tesis de Víctor Pérez Díaz sobre la función jugada por la sociedad civil^[6].

4.- De relevancia fue su reedición por la editorial Capitán Swing en 2012.

5.- Javier García de Polavieja, *Estables y precarios. Desregulación laboral y estratificación en España*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas / Siglo XXI, 2003. Junto con Carles Boix, *Partidos políticos, crecimiento e igualdad. Estrategias económicas conservadoras y socialdemócratas en la economía mundial*, Madrid, Alianza, 1996.

6.- Víctor Pérez Díaz, *La primacía de la sociedad civil. El proceso de formación de la España democrática*, Madrid, Alianza, 1993.

He aquí la tesis central que atraviesa el libro: los límites políticos, sindicales y materiales palpables de la Transición sindical, a raíz de aquella conocida afirmación de Marcelino Camacho sobre cómo los sindicatos fueron sus *parientes pobres*. En cualquier caso, es de agradecer el extraordinario arrojo por situar al conflicto obrero y laboral en el centro del relato, así como las diferentes estrategias desarrolladas desde las bases sindicales llegando al enfrentamiento, cuando no a su expulsión, frente a las direcciones. Son múltiples los ejemplos de primera mano que se exponen al respecto desde Sagunto en 1983 en adelante. Una *historia desde abajo y con los de abajo*, a partir de testimonios de obreras y obreros que suelen quedar por regla general en los márgenes de la Historia.

Sumada a la denuncia de la desmovilización obrera y social —el particular *desencanto sindical* tan propio de la «Cultura de la Transición»^[7]— encabezado por la dirección de la UGT, las dudas y contradicciones de las Comisiones Obreras —principal elemento a abatir tanto durante la Transición como por parte de la «modernización socialista» como causa explicativa que se encuentra presente pero al que no se le otorga el suficiente peso interpretativo— las trampas encubiertas del Diálogo Social, los riesgos de la profesionalización de los cuadros, de las subvenciones, de la entrada de las organizaciones sindicales en el juego de la «formación profesional», persiste, en líneas generales, una revaloración del hecho sindical como el factor central que permitió resistir la embestida neoliberal de los ochenta y noventa. Al margen de las ajustadas críticas a la moderación de UGT y CCOO —en donde el autor es consciente del papel desempeñado por el sector crítico

en la *interna* en esta última organización— hay una idea-fuerza del autor que entra en colisión con el *viejo* paradigma marxista sobre la centralidad capital-trabajo: «Sin embargo, las centrales sindicales siguieron considerando que el valor central de la clase trabajadora era el empleo y no el trabajo, insistiendo en no reconocer la importancia del trabajo de cuidados, realizado en su mayor parte por las mujeres» (p. 538).

Por lo demás, un claro síntoma de la *extraña derrota de la historiografía del movimiento obrero* ha sido el caso de la Confederación Sindical de las Comisiones Obreras. Más de un cuarto de siglo ha transcurrido desde la obra dirigida y coordinada por David Ruiz, *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)* (Madrid, Siglo XXI, 1994) para volver a contar con una monografía académica sobre la historia estatal del sindicato. Nos referimos a la publicación de la tesis doctoral del joven doctor en Historia Contemporánea Gimeno i Igual, que aborda nueve años trascendentales del sindicato entre 1982 a 1991. Es decir, desde el triunfo electoral del PSOE al V Congreso Confederal, cuando puede darse por consolidada la unidad de acción con UGT de la mano de la Propuesta Sindical Prioritaria (PSP). Un momento definitorio, una vez el reelegido Antonio Gutiérrez al frente de la Secretaría General, quien inició con determinación, a partir de entonces, su particular «modernización» de CCOO —su definitiva conversión en un sindicato de servicios— para lo cual fue necesario —según ha declarado el propio interesado en más de una ocasión— la expulsión de Camacho de la Presidencia honorífica de la organización.

Despunta en esta monografía un extenso e inteligente uso de las principales fuentes primarias sobre CCOO pero también del PCE y del PSUC, con mención especial de los cables de WikiLeaks, los documentos desclasificados de la CIA y parte de la do-

7.- Carlos Acevedo [et al.], *CT o la cultura de la Transición: crítica a 35 años de cultura española*, Barcelona, Debolsillo, 2012.

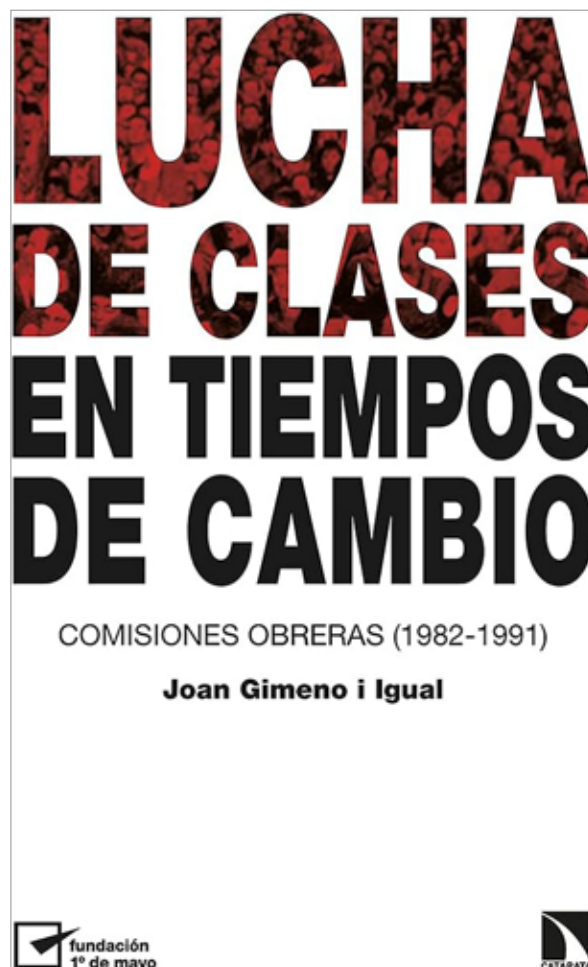
cumentación (expoliada) conservada en el Archivo de la Fundación Felipe González. Sumado a un actualizado estado de la cuestión bibliográfica.

Con estos mimbres se ha constituido un relato mimado y cuidado en torno a las interioridades de la dirección de la organización (principalmente) con todas las dificultades y contradicciones por las que fueron pasando. Fue Pío Cabanillas, ministro de Información y Turismo con Franco, quien pasaría a la posterioridad por algunas de sus frases: «¡Al suelo, que vienen los nuestros!». La cual se ajusta como *anillo al dedo* al devenir del sindicato en su relación con el Partido Comunista de España de la mano de Santiago Carrillo, escoltado por Julián Ariza, antes y después de su largo paso por la Secretaría General^[8]. No es menor este enfoque, en tanto condicionó en mayúsculas la orientación política y la vida orgánica del sindicato inclusive más allá del IV Congreso de 1987. Otro tanto sucedió con la autotimplosión del PSUC con el V Congreso en 1981 y el efecto demolición posterior. A sumarse las numerosas disidencias internas, salidas y expulsiones que llevaron al sindicato al límite, en más de una ocasión, y que revelaron las debilidades organizativas de CCOO durante todo este tiempo. Joan Gimeno ofrece una auténtica lección magistral al escrutar todas estas conexiones y sobre las que hasta el momento apenas se había profundizado^[9].

La historia del sindicalismo español en los ochenta no fue, precisamente, una historia de éxito. Menos en el caso de CCOO.

8.- De interés, sin duda, han resultado las memorias de Julián Ariza, *El precio de la libertad. Recuerdos de un anti-franquista*, Madrid, Los Libros de La Catarata / Fundación 1º de Mayo, 2022.

9.- Consúltese, al respecto, las aportaciones publicadas en, Francisco Erice (dir.) y David Ginard (coord.), *Un siglo de comunismo en España II. Presencia social y experiencias militantes*, Madrid, Akal, 2022.



Más bien fue una historia de supervivencia a la OPA hostil del PSOE en alianza con UGT (hasta, por lo menos, 1987), la CEOE y la clase dominante, junto con la colaboración de la prensa con Rodolfo Serrano a la cabeza desde *El País*. El *todo vale* contra las CCOO –«Comisiones resulta un elefante en la habitación. Su presencia y poder inquietaba a propios y ajenos» (p. 22)— queda reflejado en los seis primeros capítulos, constatándose, una vez más, la mitología sobre el falso «Modelo Español de Concertación Social» y en donde el Acuerdo Económico Social (AES) de octubre de 1984 constituyó su culmen. Por otra parte, y el autor lo evidencia con claridad, se debe tener presente la altura política, intelectual y estratégica, así como la capacidad de contar hasta mil, por parte de los dirigentes para mantener unido al sindicato y no perder el rumbo en la cons-

tante redefinición de una posición defensiva y ofensiva según el momento y el lugar. En tercer lugar, esta es una historia de vértigo en donde sus dirigentes, cuadros y técnicos hicieron un máster intensivo del 24/7.

No se ahorran críticas a los errores y fracasos que se cometieron por el camino como sucedió en la negociación del AES (Capítulo V, pp. 123-160), aunque en ocasiones se muestre demasiado amable con los propios análisis de la Ejecutiva, como sucede con la lectura de la Huelga General del 20 de junio de 1985 (pp. 138-139), lo que hubiera merecido un encuadre más amplio desde otras posiciones internas y externas. Y, efectivamente, el mapa sindical de este país quedó transformado con el antes, el durante y el después de la huelga general del 14 de diciembre de 1988, como bien se explica en el Capítulo VII con el que se abre el tramo final de la obra.

De vuelta al principio, el Capítulo II (pp. 31-41) recupera las principales interpretaciones que los intelectuales y machacas del PSOE elaboraron para ignorar cuando no directamente atacar el propio hecho sindical reconocido en el artículo 7º de la Constitución española. Las feroces críticas de Ludolfo Paramio, Álvaro Espinosa, Fran-

cisco Fernández Marugán, o las más elaboradas como las de José María Maravall o el citado Pérez Díaz, condujeron en el tránsito entre los ochenta y noventa a una envenenada invitación a los sindicatos: un suicidio de clase. Lo que explica cómo fue CCOO el principal sujeto sociopolítico opositor a la estrategia neoliberal de la «modernización socialista». Como subraya el propio autor: «Lo cierto es que, además de este papel de dique de contención, desarrollado de forma clara al menos hasta mediados de los noventa e incluso más allá, los sindicatos, pero sobre todo CCOO, encarnaron el balarde de una suerte de Economía Política popular en tiempos de negación de cualquier política alternativa posible» (p. 16).

«Soy bohemio y soñador» decía Ketama en la misma canción. Se mire por donde se mire, pese a los indefinidos entierros de la historiografía obrera, de las propias organizaciones sindicales y hasta la lucha de clases en estos últimos cincuenta años^[10]; ahí continúa una agenda investigadora si bien no marcando la pauta sí evidenciando avances sobresalientes a la par demostrando una fortaleza a prueba de indeseables invitaciones y sobornos de todas conocidos.

10.- Lectura clave aquí sigue resultando, José Antonio Piqueras, «El dilema de Robinson y las tribulaciones de los historiadores sociales», *Historia Social*, 60 (2008), pp. 59-90.